

SESION NECROLÓGICA 'IN MEMORIAM' DEL PROFESOR DR. D. MANUEL SÁNCHEZ SALORIO, ACADEMICO DEL SILLON DE OFTALMOLOGÍA. 15 DE DICIEMBRE DE 2023
INTERVENCIÓN DEL DR. JOAQUÍN POTEL LESQUEREUX, ACADÉMICO NUMERARIO DEL SILLON DE CIRUGÍA GENERAL

Excmo. Sr. Presidente de la Real Academia de Medicina de Galicia, Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades, Ilustrísimos Sres. Académicos, Señoras. y Señores.

Hace nueve meses, concretamente el 16 de Marzo, nos llegó la triste noticia, no por esperada menos triste: el Profesor y Académico D. Manuel Sánchez Salorio, el Dr. Salorio, Manolo Salorio, había fallecido. La Academia, la Universidad, la Medicina (y la Oftalmología en particular) gallega y española han perdido uno de sus más destacados y reconocidos líderes.

Nuestra institución, al organizar esta Sesión de recuerdo y sentido homenaje póstumo al Prof. Sánchez Salorio, Numerario del Sillón de Oftalmología, cumple una vez más con su obligación de corresponder con la gratitud propia de personas 'bien nacidas' a los académicos que la han servido fielmente.

Debo empezar expresando mi agradecimiento a la Academia –a su Presidente el Dr. Martelo y a su Junta de Gobierno- por haberme designado para intervenir en ella. También agradezco muy cálidamente al profesor Julián García Sánchez (gallego ilustre, de Lugo, estudiante en Compostela y amigo de muchos años) todas las facilidades que nos ha dado para poder estar hoy aquí. Formado con el Profesor Salorio, fue el primer discípulo que alcanzó la Cátedra, primero en Cádiz y luego, muy pronto, en Madrid. Nadie mejor que él para resaltar su trayectoria en Oftalmología obviando así las posibles omisiones que, por no ser especialista, podría cometer yo.

Antes de nada, quiero expresar, tanto personalmente como en nombre de todos los miembros de la Academia, a la familia del Profesor Salorio, especialmente a su mujer Elena de la Colina, nuestra solidaridad con su dolor. Desgraciadamente, no puede estar hoy con nosotros, pero desde aquí le mandamos un mensaje de cariño y un muy fuerte abrazo con el deseo y esperanza en su recuperación.

El Profesor Sánchez Salorio, dotado de excepcionales cualidades intelectuales, reforzadas por una disciplinada voluntad, fue merecedor de los más altos reconocimientos, distinciones y honores en todas las instituciones, organismos y sociedades científicas de las que formó parte. Julián García Sánchez ya nos ha ofrecido un buen testimonio de su impresionante CV profesional. Eso permitirá limitar mi intervención a resaltar o comentar otros aspectos de su biografía vividos muy de cerca, gracias a mi prolongada y profunda relación con él.

Mis primeros recuerdos de Salorio se remontan al curso 1953-54, cuando empiezo mis estudios de Medicina en la Facultad de Santiago. Año Santo –no existía todavía 'el jacobeo'- , toda la ciudad vivía y respiraba el ambiente de los años santos de entonces. En las Rúas del casco histórico sonaban permanentemente los altavoces con los himnos religiosos. Fue el año del cierre y desaparición del Gran Hospital Real para ser convertido –según aseguraba la vox populi, por una decisión personalísima del General Franco- en un Hotel de lujo. Sánchez Salorio terminaba por entonces la carrera. En el ambiente que yo vivía, alojado en la Residencia de los Jesuitas, era muy reconocido. Ya no estaba –se había ido al C.M. La Estila- pero hasta el año anterior había sido residente allí. Tenía fama y se comentaban sus proezas como muy buen estudiante. Todas las Matrículas, Premio Extraordinario y Premio Nacional Fin

de Carrera. (Iba a la par, se decía, con su amigo, brillante estudiante de Derecho, Jose Manuel Romay Beccaria, también ex de la Residencia y trasladado a la Estila). Tengo un recuerdo suyo muy nítido, unido a un sentimiento de admiración que se confirmó y se hizo más grande cuando le conocí personalmente, primero como alumno de Oftalmología, luego como compañero-colega en la vida de la Facultad y de la Universidad en Santiago durante muchos años y, por último, como amigo entrañable.

De sus años en la Facultad contaba su aversión al contenido de las asignaturas de Anatomía, pero que le sirvieron para entrenarse en la disciplina del estudio. Lo que él calificaba como un auténtico 'flechazo' fue el descubrimiento de un joven Profesor de Fisiología, entonces recién llegado a la Facultad, D. Ramón Domínguez Sánchez. Decía que se convirtió para él en aquellos momentos en un modelo a imitar. También recordaba de aquella época con especial énfasis a dos Profesores que no procedían de Santiago: D. Angel Moreu –que luego sería su Maestro y mentor en la Oftalmología- y D. Manuel Suárez Perdiguero, de Pediatría. Frente a la coartada de que 'aquí no se puede hacer nada' típica de aquel tiempo, afirmaba que habían podido demostrar la 'toxicidad' e inutilidad de la endogamia, Y, más importante, que con trabajo y tesón podía hacerse mucho.

Terminó la Licenciatura en 1953 y el Doctorado en 1955, después de una estancia en Alemania. Siendo ya Profesor Adjunto en 1959, asistí a sus clases como colaborador del Catedrático Prof Moreu.

En 1963, después de 'haber subido a la Meseta tres veces' ganó la Oposición ('fiesta bárbara pero excitante') de Catedrático Numerario de Oftalmología de Santiago

Yo sólo quiero resaltar del período que podríamos llamar de pre-cátedra el papel que desempeñó, de forma inconsciente, seguramente, como ejemplo a seguir para un grupo de jóvenes recién licenciados o doctorandos que habíamos decidido, después de muchas dudas, quedarnos en Santiago con la ilusión de poder llegar a alcanzar 'un día' el máximo nivel del profesorado universitario, la Cátedra. No era fácil en la Facultad de Santiago en aquellos años. No había tradición, hacía mucho tiempo que no habían salido Catedráticos de disciplinas clínicas en Santiago. La Facultad era 'importadora', venían profesores de escuelas 'de fuera' (de Madrid, preferentemente) y casi siempre como 'entrada' en el escalafón. La Oposición que ganó Salorio supuso para aquel pequeño grupo una inyección de optimismo, un mensaje de que 'se podía'. Luego hubo más triunfos, pero él fue el primero que abrió una ventana de esperanza.

A partir de este momento, ya como Catedrático, aplicando grandes dosis de esfuerzo y trabajo, cristalizó el éxito. Sucedió a su maestro el Profesor Moreu en la Cátedra y en el Servicio Hospitalario y supo rodearse de un grupo de jóvenes entusiastas. Así se fue integrando y desarrollando una Escuela potente y prestigiosa que más tarde sería calificada como la 'Baby School of Ophthalmology', de la que ya nos habló García Sánchez. Gracias a ella, la Facultad de Santiago pasó de 'importadora' a 'exportadora' de Profesores.

Más adelante fue Vice Decano, en 1968 y Vicerrector en 1978. Siempre en Santiago. Por último, fundó y dirigió su última y apasionante aventura, el Instituto Galego de Oftalmoloxía, el INGO. Pudo así mantenerse fiel a lo que siempre había defendido: 'La jubilación no es, no debe ser vista como un punto final sino como un punto y seguido, el que se pone cuando termina un periodo pero hay que seguir escribiendo'.

Además, con ser muy fuerte el indudable liderazgo social y profesional que Sánchez Salorio desarrolló tanto en Santiago y en La Coruña -'su' ciudad y gran amor- , como en toda Galicia, no se consideró satisfecho. Supo huir de la comodidad y del confort que da lo próximo y buscó y encontró con pleno éxito la reválida en otros ámbitos. Fue también en este sentido para muchos de nosotros, más allá de la

Oftalmología, uno de los ejemplos a imitar para saber mantener una actitud sin complejos, en unos tiempos no fáciles, que pudiera contribuir y contribuyó de hecho a que el nombre de Galicia y su Medicina fueran conocidos y apreciados más allá de Pedrafita. No hay duda alguna que el profesor Sánchez Salorio ha sido, a lo largo de toda su trayectoria académica, un brillante docente, un universitario ejemplar y un auténtico Maestro, siempre comprometido con su tiempo y con sus numerosos discípulos y alumnos.

Vista desde mi propia perspectiva, toda esta larga convivencia en el Hospital y la Facultad, sirvieron para que los lazos de compañerismo y admiración iniciales se hayan ido estrechando hasta convertirse en una creciente amistad que perduró hasta su fallecimiento. Hemos vivido juntos tiempos de contradicción y de mudanza, con vicisitudes históricas en la Universidad (el 68, la transición, los nuevos Estatutos, creación de nuevas Universidades en Galicia...) en las que 'las aguas bajaban revueltas y las ideas confusas' y con graves problemas de la Facultad y del Hospital (la masificación de alumnos, la aventura del HGG, el Hospital nuevo, las a veces difíciles relaciones con las autoridades políticas sanitarias...). En un artículo suyo dejó dicho: 'el dilema era resistir o torear, yo preferí torear'. Tanto en el ámbito de la Universidad como en el de la Facultad, participamos en múltiples discusiones (no siempre estábamos de acuerdo, sobre todo a la hora de defender los intereses –afortunadamente pocas veces- contrapuestos de Oftalmología y Cirugía), infinitas reuniones... Pero también, fuera de nuestro trabajo, compartimos conversaciones, preocupaciones, alegrías, tertulias... Viajes, algunos inolvidables, como el que hicimos con nuestras mujeres por Florencia y la Toscana... Puedo decir, en fin, que para mí su amistad fue una experiencia muy gratificante y tremendamente enriquecedora. Siempre estaré agradecido por estos muchos años de compartidas complicidades.

Al intentar hacer el resumen propio de una 'laudatio', de los principales rasgos de la personalidad del profesor Salorio, mucho me temo que mi discurso carezca de la debida objetividad. Quiero citar, tan solo como en una lista, algunos de los calificativos que, en mi opinión, definen 'su manera de estar en la vida'. Inteligente, culto, gran lector, de memoria prodigiosa, espíritu abierto y crítico, con gran sentido del humor. También curioso, todo le interesaba. Tolerante pero con convicciones profundas, austero y honesto. Colaborador, entusiasta del trabajo en equipo, líder, guía, innovador. Gallego, coruñés, también compostelano (Lo nunca visto, las dos ciudades le concedieron sus máximas distinciones honoríficas...) Orgulloso de sus raíces hasta la vanidad. Rodeado de amigos, querido por todos, siempre sonriente. Conversador infatigable. Espléndido contertulio. Y también, alegre, optimista, bon vivant, amante de la buena mesa y del buen vino. .

Lei en un artículo suyo a propósito de la cita de un libro de poemas 'Le dur desir de durer' de Paul Eluard, recordada por él con frecuencia, una breve sentencia que creo refleja bien su sentimiento de la 'joie de vivre'. Decía, matizando con un leve toque de humor el pesimismo del texto inicial: 'El duro deseo de durar, de estar aquí, en el mundo, que aunque algunos yihadistas no se lo crean, es el mejor sitio donde se puede estar'.

Salorio no sólo es –con ser ya mucho- un médico universitario. Es un verdadero intelectual. Se asoma a observar todo lo que cruza el umbral de su puerta: la Universidad, la Medicina, los grandes –también a veces, los pequeños- problemas del mundo de nuestro tiempo. Y analiza, no solo describe. Y lo hizo cumpliendo los requisitos que, según Julián Marías, debían exigirse a todo intelectual honesto: '...en un

tiempo de ausencia de pensamiento, el requisito primario es mirar para ver como son las cosas para tomar posesión de la realidad y la segunda condición es la necesidad de la justificación de lo que se dice, la prueba de todo aquello que no es inmediatamente evidente –y pocas cosas lo son-’ (Por cierto: ¿Qué pueden parecernos estas palabras sacadas de un artículo del año 1994, en el día de hoy, en plena época de ‘fake-news’ y absoluta ‘fluidez’ intelectual?)

Fue capaz de dirigir su mirada más allá de la realidad cotidiana e intentar buscar respuestas a los problemas con los que tropezaba. Y como otros antes que él, comprobó a veces que las respuestas no eran sencillas, o no existían. Pero que valía la pena ‘pensarlas’. Los problemas no se resuelven si no se ‘piensan’, pero en cualquier caso es una apasionante tarea discurrir o elucubrar sobre ellos.

Probablemente la medicina, cuando se ejerce de verdad, cuando se ejerce con autenticidad, conduce a pensar sobre algo más allá del simple acto médico o terapéutico. Evidentemente, estar muy en contacto con el cuerpo humano, ver a un ser humano en una situación límite (enfermedad grave, amenaza de muerte), observar la reacción de otras personas en un entorno general de sufrimiento y dolor induce, a poco que se tenga algo de sensibilidad y curiosidad intelectual, a la reflexión filosófica y a la explicación trascendente. En este sentido, en palabras de Ramón Villares, ‘O profesor Salorio forma parte desa Santa Compañía de médicos e científicos experimentais que nunca abandoaron o cultivo das Humanidades e das clásicamente chamadas ‘ciencias do espírito’. El pertence, por dereito propio, aoonsel de médicos humanistas que deixaron una fonda pegada na nosa historia cultural. ¿Como non se lembrar, sen sair mesmo dos muros de Compostela, de figuras como José Varela de Montes, Juan Barcia Caballero, Roberto Novoa Santos o Domingo García Sabell para decatarse da grande achega que persoas como eles fixeron a cultura e ao pensamento galego?. O profesor Sanchez Salorio é de esta estirpe’

(A propósito de este calificativo de ‘médico humanista’, en una magnífica entrevista que le hizo Perfecto Conde, a la pregunta ‘¿Es un tópico o una realidad el manido concepto del médico humanista?’, contestó: ‘A mí no me gusta mucho eso del médico humanista, pero bueno, las cosas hay que nombrarlas. Yo creo que la carrera de Medicina es tanto de Ciencias como de Letras. Después de todo, tú tienes que hablar con una persona. El ejercicio de la medicina es una conversación, tienes que entender al paciente. Cuando uno elige Medicina ya lo elige por algo, un interés por los demás...La pregunta es legítima pero no sé contestar’. Concluye)

Muchas de sus reflexiones sobre todo lo divino y humano quedaron reflejados en sus artículos en la Prensa profesional médica y en la prensa diaria. Era un escritor brillante, de estilo depurado, con citas muy atinadas y prosa muy culta, cuidada, trabajada para que resultara cubierta de musicalidad y ritmo.

Su periódico favorito fue La Voz de Galicia, donde sus colaboraciones pronto llamaron la atención por su calidad. En el año 1970 obtuvo el XII Premio Fernández Latorre, uno de los más cotizados en el periodismo español, por su artículo ‘Tríptico para un tránsito’.

Utilizó varios seudónimos. El primero y más conocido fue ‘Procopio’. Los artículos firmados por Procopio vieron la luz puntualmente todos los 25 de Julio en La Voz de Galicia desde el año 1990 bajo el epígrafe común de ‘El sueño de una noche de verano’.

¿Por qué Procopio? ¿Quién o qué era Procopio? Lo explicó en un breve artículo después de un tiempo de intriga entre sus lectores. Copio su relato. ‘Década de los 60, Reunión de la Societé Francaise de’Oftalmologie en París, 2ª semana de Mayo, con 30 años recién cumplidos. Medianoche, callejeo sin rumbo por la Rive Gauche, R. de l’Ancienne Comedie. Sobre una puerta de cristal leí un rótulo: ‘Le Procopé’. Fue como un flechazo, con las palabras a veces es como con las personas, las ves y sin saber por

qué, empatizas o las rechazas. Luego resultó que Le Procope era un café. El café más antiguo de París. El café de Voltaire y de Rousseau. También el lugar donde Diderot negociaba con el censor Malleherbes permisos y prohibiciones para publicar la Encyclopedie. Las mismas mesas, sillas y paredes que fueron testigo del nacimiento de ese milagro que fue la libertad de pensamiento. Un lugar para hablar. Pocas cosas habrá en el mundo que puedan igualarse a una conversación entre espíritus libres capaces de ironía y sentido del humor. Pero también 'Lieu de memoire'. Un lugar donde el tiempo se detiene, reposa y sobrevive alargando la vida en la memoria. Eso quizá sea Procopio. La memoria de esa vida que siempre se pierde al vivir la vida propia. Alter ego. Ese yo que yo hubiera podido ser y que no fui. Peut etre. Podría ser...'

Creo que es un relato muy del estilo de Salorio: describe un hecho, un lugar, pero su pensamiento –y el texto- van mucho más allá, indaga, sugiere.

En esta amplia serie de artículos aparece una galería de personajes –imaginados, reales o disfrazados-. El actor principal, Corvus Corax Jacobeus visita cada año su escenario favorito, siempre Galicia, y hace irrumpir a los protagonistas reales de las historias, casi siempre sin sus nombres (aunque fácilmente reconocibles). 'El Patrón', 'el oráculo de Delfos-Forcarey', 'Mr. White', 'el gran hereje de la Reboirana' piensan, hablan, discuten, elucubran u ofertan soluciones a temas de actualidad de todo tipo. Siempre con una prosa impecable y culta, con elegancia, humor y finísima ironía. Gracias al potente vuelo del Corvus y la profundidad de visión de sus ojos podía visitar países lejanos, horizontes insospechados y ver-pensar cosas a través de prismas insólitos, a veces lejos de lo que aparenta querer contar o describir. Sin embargo, nunca dejaba de visitar su tierra –'ala, polo Apostol'- para depositar en el buzón de su confidente, La Voz de Galicia, la referencia de su viaje firmada por Procopio, convertida ya en una pequeña –sólo por su tamaño- joya literaria.

Más adelante, a partir de 2012, inició la publicación en el mismo diario coruñés de otra serie de artículos, esta vez firmados por Doktor Pseudonimus bajo el título común de 'La lección del sábado' o 'El zaguán del sábado'. Los 'zaguanes', así llamaba su autor a estos artículos, tienen un perfil distinto de los 'procopios'. Por su periodicidad, salían cada sábado, todas las semanas, más breves y con 'formato' más sencillo. Pero igual que en sus 'hermanos mayores', encontramos en ellos las mismas características que hacen tan peculiar y personal la prosa de Sánchez Salorio.

Afortunadamente, en los últimos años de su vida, Salorio accedió a la publicación en formato libro de sus artículos, inicialmente pensados para la Prensa periódica. Para él, el periódico, instrumento ideal para la comunicación y en el que se encontraba muy cómodo, tenía el problema de 'lo efímero', con un componente de destino final próximo equivalente al olvido casi inmediato. Añadía que el libro en cambio, queda, tiene otra 'corporeidad', se puede guardar, pasar a bibliotecas, releerse... 'Periodismo es lo que se escribe para ser leído una vez y literatura lo que se relee una y otra vez'. En el mismo texto sobre periodismo y literatura 'se le escapa', con la misma cita otra vez repetida, una confesión más íntima: 'Y tanto a las palabras del Zaguán como a su autor les ha sobrevenido lo que Paul Eduard llamó 'le dur desir de durer'. (Una vez más, reaparece el tema del 'deseo de durar')

Por fin, se editaron dos libros que recogen dos selecciones de su producción periodística. 'La lección del sábado', en 2018, incluye los 'zaguanes'. 'Los sueños de Procopio', en 2021, muy poco antes de su muerte, recopila los de la serie 'El sueño de una noche de verano'.

Sus ideas sobre la Medicina en general y el ejercicio médico profesional en el tiempo actual quedaron recogidas en muchos de sus artículos. Se inspiran en su firme creencia en la necesidad de volver a una Medicina humanizada como contrapeso a una Medicina supertecnificada y/o digitalizada.

No se cansaba de repetir un mensaje-recomendación: 'Toda la actividad médica tiene que centrarse antes que en ninguna otra cosa en el paciente. Lo primero que debe saber un médico es conectar con los sentimientos y preocupaciones del paciente, meterse dentro de su piel'. Y cuando se dirige a una nueva generación de médicos que inician su formación, les recomienda: 'Cuando lleguen al hospital al que han sido destinados, cuando les enseñen con legítimo orgullo las maravillas tecnológicas de que dispone, pregunten ustedes por las dos sillas que se necesitan para que el paciente y el médico puedan hablar a solas'. Concluye la reflexión con este bello párrafo: 'Hace muchos años, Ernst Schweningen, un gran clínico berlinés escribió que el médico y su paciente deberían encontrarse como en una isla desierta. Esta isla ya no existe, quizás no existió nunca. O está llena de aparatos, instrumentos, ordenadores, protocolos, objetivos e incluso a veces citas de los juzgados de instrucción. Pero debe mantenerse como una referencia ideal, como expresión de que la relación del médico con su paciente debe establecerse directamente: sin intermediarios que la condicionen o instancias ajenas que la desvirtúen. En principio, el médico se debe a sus enfermos y a nadie más, por eso ha de ser 'libre'. El acto médico no reconoce otras finalidades que las propiamente médicas: el paciente busca curación o alivio, el médico lo otorga en la medida que sabe y puede'.

También dirigió su experta mirada a los Hospitales. Mirada si no humanística, profundamente humana. Aún reconociendo que las dificultades para llevar a cabo una Medicina personalizada en las circunstancias de un gran hospital eran muy difíciles, escribió sobre macro –el Hospital- y microorganizaciones, los Servicios. Y especulaba sobre si los modelos 'comuna-comunidad' y 'organización' serían aplicables a un Servicio Hospitalario. En la comuna el grupo de personas es visto y entendido como una "comunidad natural" cuya estructura y jerarquización apenas necesita ser diseñada, con reglas y valores similares a los que rigen en la familia, en la aldea, en la tribu o en una pandilla. Frente a la organización, la comuna es un mal modelo para cumplir objetivos externos, admite líderes pero no "gestores". En cambio, puede ser muy importante para sus miembros: satisface las necesidades de identidad y de pertenencia a un grupo, favorece formas significativas de amistad y de confianza mutua. Da cobijo y puede ser generadora de entusiasmo.

A pesar de su componente utópico -sobre todo cuando se piensa en su posible aplicación práctica- se aprecian claramente las preferencias del profesor Salorio. Probablemente, añorando aquella fantástica historia que supuso la consolidación de un grupo al que en ocasión memorable -el Congreso de la Sociedad Europea de Oftalmología celebrado en Viena- el profesor de Roma Giambattista Bietti bautizó con el título de la "Baby School of Ophthalmology".

No puedo, llevaría mucho tiempo, entrar a fondo en los múltiples análisis que abordó con respecto a los Hospitales. Es muy significativo de su posición con respecto a estos buques insignia de la estructura sanitaria el siguiente párrafo: 'Los grandes Hospitales -estructuras rígidas y centralizadas, con ausencia de estímulos, incapaces de ofrecer respuestas rápidas y de calidad, resistentes a cualquier cambio- son como dinosaurios: les ha crecido más el esqueleto que el cerebro, no pueden percibir y menos adaptarse al cambio del medio en que viven: competitividad propia de la sociedad con economía de mercado libre. Y se ha intentado "injetar" cerebro a través de gerentes. Pero... En muchas ocasiones, hay síntomas de rechazo porque los médicos reconocen como "non self" los principios de la racionalidad de la gestión'.

En cualquier caso, añade, es un intento. Y admite que, mejor o peor, la gestión ha acabado por entrar en el Hospital. Y con ella, la consideración de factores económicos, introducción de modelos de gestión, profesionalización de las gerencias, en fin, un intento de planificación con criterios “científicos”.

Añado tres frases sueltas, sacadas de conferencias o manuscritos quizá no publicados, a modo de conclusiones: ‘Los médicos tienen que entender y participar de los valores y de las técnicas de la cultura de la gestión pero no pueden ser gestores, porque la actividad médica no puede ser planificada en su totalidad’ . ‘Hay un momento en el que el médico y “su” enfermo se encuentran como en una isla desierta: el aparato del sistema no sólo debe no impedir ese encuentro sino que debe favorecerlo’. ‘Eso significa que, al final, la planificación tiene que “abrirse” en un espacio en el que se reconoce y se “vive” la autonomía del médico ante su paciente. Ese espacio de libertad, para que no sea generador de caos debe estar fundamentado en la responsabilidad y en el profesionalismo, pero teniendo en cuenta que en el momento actual ser un profesional en una organización no puede significar estar eximido de aceptar la programación por objetivos ni de los controles administrativos que informan y aseguran de su cumplimiento. La superación de la libertad incontrolada propia de la “comuna” no debe conducir a la falta de sentido de la actividad vivida como trabajo forzado’

Por último, sobre la Universidad. El profesor Sánchez Salorio, ya quedó dicho, fue un universitario ejemplar. Y enamorado de serlo. Porque conocía muy bien la Universidad, sus fundamentos, su justificación, su historia. También sus defectos, sus dificultades y, porque no, también sus miserias. Consideraba a la Universidad como algo suyo, no en vano construyó toda su trayectoria vital bajo su amparo. Vivió intensa y apasionadamente el día a día de la Facultad y de la Universidad de Santiago. Sus criterios y opiniones fueron siempre muy tenidas en cuenta y algunas veces determinantes en decisiones importantes. También ocupó puestos directivos, pero él creía que eso era lo de menos. Hablar, discutir, ‘conferenciar’, escribir sobre la Universidad ocupó muy buena parte de su actividad intelectual.

No puedo extenderme aquí, sin embargo. Me pareció –no sé si equivocadamente- que al ‘discurrir’ sobre una personalidad con un mundo de intereses tan variado como la de Sánchez Salorio en una institución médica, debía prestar más atención a los temas relacionados con la Medicina.

Muchas de sus reflexiones sobre la Universidad, con puntos de vista muy originales y, como siempre, brillantemente escritos, fueron muy comentados y discutidos en el tiempo que fueron publicados. En aras de la brevedad, y por poner un ejemplo, citaré tan sólo tres publicaciones.

La Monografía ‘Universidade, Multiversidade, Megaversidade’ recoge con más profundidad y elaboración sus puntos de vista sobre la Universidad. Temas como ‘La dialéctica de las dos culturas’ (se refiere a la duplicidad-tensión entre saber desinteresado y saber utilitario, según Salorio, una de las claves de la institución), ‘La Universidad como comunidad’, ‘El conocimiento como fin en sí mismo’ o ‘La Universidad de la Sociedad de Bienestar’, entre otros, son planteados con un fuerte bagaje histórico-filosófico y son tratados de forma que sus conclusiones, en mi opinión, conservan plenamente su vigencia treinta años después.

‘¿Holoclaustro? Universitario constituyente’, ‘Delenda est Medicina’, ‘¿Los tiempos son llegados?’ son ejemplos de artículos publicados en La Voz. En ellos, en contraste con la monografía, de formato más académico, comenta la actualidad: los años de la transición política en la Universidad o la defensa de la Facultad de Medicina, por ejemplo. Como reflejo de su pensamiento, escojo una frase-idea suya: ‘Dicho con más ánimo de provocar que de convencer: en la docencia todo lo que no es erotismo es burocracia’.

Y una cita de Montaigne que le gustaba especialmente: 'Un alumno no es una botella que hay que llenar sino un fuego que es preciso encender'

Podríamos abordar más temas entre la enorme gama de cuestiones que se planteó nuestro recordado Profesor Salorio. Pero es tiempo de rematar. No es fácil glosar una personalidad como la suya. Analizar todo lo que ha hecho es muy difícil; pero tengo la impresión –y el temor- que resumir su pensamiento, sus conversaciones, sus papeles –muchos no publicados- sobre tantos y tan variados temas, me han sobrepasado. Solo aspiro a haber sido capaz de transmitirles esta dificultad.

Su ausencia supone, supondrá, para la medicina española y gallega en particular y, por supuesto, para nuestra Academia, un vacío difícil de cubrir.

El ha terminado su trabajo: supo crear un patrimonio. Y nos lo ha legado en herencia, con todo un reto para las siguientes generaciones: mantenerlo e incrementarlo.

Ahora, cuando ya no habrá más visitas de Corvus, puedo recordar lo que él dejó escrito, transcrito y traducido de su admirado Von Kleist, como su deseo más íntimo. Creo que mantengo mi fidelidad a su memoria si lo imagino 'SEGUIR TENDO MAÑANCIÑAS DE SOL PARA CABALGAR E SOÑOS PARA FUXIR'.

Descanse en paz nuestro inolvidable compañero y entrañable amigo.

Muchas gracias por su atención.

HE DICHO.